

de los pocos y oscuros fragmentos literarios que de esas lenguas primitivas quedan (no sin sospecha muchas veces de interpolación y aun de inocente falsificación literaria debida á los ocios de cualquier misionero ó de algún neófito de noble estirpe indiana) su influencia en la poesía española de América ha sido tan escasa, ó más bien tan nula (fuera de pasajeros caprichos de algún poeta), que la historia de esa poesía puede hacerse en su integridad prescindiendo de tales supuestos orígenes y relegándolos al estudio y crítica del filólogo. Así lo han hecho los críticos americanos, aun los más conocedores de las lenguas indígenas, y así lo haremos nosotros, prescindiendo de la erudición de segunda mano que hubiéramos podido granjear con pequeñísimo esfuerzo. La poesía americana de que vamos á tratar no es la de las elegías del rey de Tezcucó, Netzahualcoyotl, ni la del *Ollantay*, drama quichúa, sino la que llevaron á América los colonos españoles y conservan sus descendientes. Si algo del americanismo primitivo llegó á infiltrarse en esta poesía (lo cual es muy dudoso), sólo en este sentido podrán tener cabida tales elementos bárbaros y exóticos en un cuadro de la literatura hispano-americana, la cual, por lo demás, ha seguido en todo las vicisitudes de la general literatura española, participando del clasicismo italiano del siglo XVI, del culteranismo del XVII, de la reacción neoclásica del XVIII, del romanticismo del presente y de las influencias de la novísima literatura extranjera, especialmente de la francesa y de la inglesa. Esto no excluye gran originalidad en los pormenores; pero el fundamento de esta originalidad, más bien que en opacas, incoherentes y misteriosas tradiciones de gentes bárbaras y degeneradas que para los mis-

mos americanos de hoy resultan mucho más extrañas, menos familiares y menos interesantes que las de los asirios, los persas ó los egipcios; ha de buscarse en la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero el esfuerzo de la colonización y de la conquista, luego la guerra de separación, y finalmente las discordias civiles. Por eso lo más original de la poesía americana es, en primer lugar, la poesía descriptiva, y en segundo lugar, la poesía política. Todos los demás géneros cultivados en Europa están representados allí por ensayos más ó menos felices, y aun por obras de mucho precio, que son bastante más que tentativas; pero hay en todo esto mucha labor de imitación ingeniosa y hábil, muchos versos que lo mismo podrían ser firmados en Madrid ó en París que en Buenos Aires, en México ó en Caracas. Hay gran número de autores americanos, aun de los más dignos de estimación, en quienes el americanismo no existe ó está latente; así como en muchos otros, que á cada paso le afectan, es cosa falsa y postiza. Tal cualidad, ó es innata ó no se adquiere con estudio: Bello y Heredia la encontraron dentro de una escuela académica, y todavía no es seguro que hayan llegado á ser tan americanos los muchos poetas que de propósito deliberado han querido pasar por aztecas, guaraníes y araucanos.

Fijados así los límites de nuestra *Antología* por razón de la lengua, ha habido que fijarlos también por razón del tiempo. Figuran en esta colección los poetas del tiempo de la colonia, lo mismo que los posteriores á la separación; pero una razón evidentísima de decoro lite-

rario obliga á prescindir de los autores vivos. Dolorosa ha sido para la Academia esta exclusión, puesto que precisamente algunos de ellos son de los que más honran actualmente la lengua castellana y de los que con más encomio mencionará la futura historia literaria; pero el sacrificio ha sido necesario, considerando que la censura de autores vivos, sujeta siempre en mayor ó menor grado al influjo de las pasiones contemporáneas, parece tarea más propia del juicio individual, rectificable siempre, que de una especie de fallo oficial y solemne, que debe estar exento aun de la más leve sospecha de parcialidad favorable ó desfavorable. Cada cual escribiendo en nombre propio puede abundar en su sentir, del cual él solo es responsable; pero cuando una Academia habla, ha de hacerlo del modo más impersonal posible, aunque uno solo de sus individuos lleve materialmente la pluma por bondadosa delegación de sus compañeros. Sobre toda época literaria ya fenecida queda una resultante general en que convienen la mayor parte de los hombres de gusto; pero la literatura contemporánea es cosa ondulante y movable, en que á cada paso cambian las posiciones del artista y también las del crítico. No se cansó Sainte-Beuve de rectificar hasta la hora de la muerte casi todos los fallos que había dado sobre sus contemporáneos, y por el contrario, ¡cuán pocos tuvo que enmendar de los relativos á la literatura más antigua! Á los antiguos se les juzga con el mero criterio estético y por puras impresiones de gusto; respecto de los modernos, algo extraño al arte se interpone siempre que los favorece ó los daña, que puede darnos la clave de algún rasgo de su talento, pero que con frecuencia perjudica para la apreciación serena y total. Por otro lado,

es evidente que mientras un escritor vive y produce no puede ser juzgado más que de un modo incompleto. ¿Quién sabe hasta dónde pueden llegar las nuevas manifestaciones de su talento? ¿Quién sabe si el escritor aclamado hoy por magistral y clásico lleva en su espíritu algún germen vicioso que mañana le convertirá en corruptor del gusto y fautor de triste decadencia?

La más vulgar discreción aconseja, pues, en el caso presente, limitar el estudio á los muertos. Así será más breve, y podrá ser también más fructuoso. Sólo tememos que la distancia y lo difícil de las comunicaciones, privándonos de noticias exactas sobre algunos poetas, nos haga excluir, por suponerle en vida, á algún notable lírico que desgraciadamente haya pagado ya su tributo á la muerte. Para este caso solicitamos indulgencia, que fácilmente esperamos se nos conceda por ser tan involuntaria la falta.

Otra prevención debemos hacer sobre la materia de la presente Antología. Abarca sólo la poesía lírica, tomada esta palabra en su acepción más amplia y corriente, esto es, comprendiendo todos los poemas menores, así la oda, la elegía y el himno, como la sátira y la epístola, la fábula y la égloga, y aun los poemas descriptivos, narrativos y didascálicos cuando no son de mucha extensión. Sólo excluimos la poesía dramática y la épica, si bien de la segunda alguna vez presentaremos fragmentos, no haciéndolo con las obras teatrales por ser imposible que escenas aisladas den idea de ellas. Además, el teatro, fuera de los dos ilustres mejicanos Alarcón y Gorostiza, cuya actividad dramática se ejercitó principalmente en la Península, apenas tiene historia en América, como fruto que ha de ser de un estado complejo de relaciones

afectivas y de condiciones técnicas, las cuales es imposible producir artificialmente en pueblos nacientes y en sociedades nuevas. Á lo sumo podrá llegarse á ensayos de imitación como los de Pardo y Milanés, y á la farsa ó representación superficial y abultada de costumbres populares, como vemos en el peruano Segura.

Son en gran número las colecciones de poesías americanas publicadas hasta ahora, pero su mérito no está en razón directa de su abundancia. De cada región hay una por lo menos, y además varias generales, entre las cuales merece y obtiene el primer lugar en la estimación de los aficionados la célebre y ya rara *América Poética*, que publicó en Valparaíso en 1846 el argentino D. Juan María Gutiérrez, persona de buen gusto y de mucha lectura, aunque obscureciese sus buenas prendas un antiespañolismo furioso, que fué exacerbándose con los años. De esta disposición de su ánimo nació también una especie de entusiasmo fanático por todas las cosas de América, que le llevaba á multiplicar con exceso el número de los genios, y á encontrar fácil disculpa para lo mediano y aun para lo malo. Era, con todo, verdadero literato, y su colección contrasta del modo más ventajoso con la infelicísima de Cortés y con otras posteriores. Tiene, sin embargo, el inconveniente de su fecha ya atrasada, después de la cual han aparecido muchos poetas de mérito y han acabado de desarrollarse otros que allí sólo están representados por débiles muestras. Y además, el autor no estuvo informado por igual ni disfrutó de los mismos recursos bibliográficos para todos los países de América, y hay algunos, tan importantes como México, de que parece haber logrado pocas noticias.

Las antologías buenas ó malas que tenemos nos han servido sólo para el estudio de aquellos poetas que no han llegado á coleccionar sus obras, ó de aquellos otros cuyas colecciones no hemos podido conseguir en tiempo oportuno. Pero en lo tocante á los que no están en este caso y cuyas obras más ó menos completas tenemos á mano, hemos seguido nuestro propio juicio en la elección, habiendo tenido mil ocasiones de observar cuán vario, caprichoso y á veces irracional es el criterio con que suelen proceder los editores de tales florestas. Habrá en nuestro trabajo errores y omisiones, y no faltará de seguro quien por ellas nos zahiera y maltrate; pero no todas se nos deben poner en cuenta. Cualquiera puede ser erudito profundo en las cosas de su propia casa. Los libros americanos escasean notablemente en Europa, y muchos, quizá de los más importantes, faltan no sólo en nuestra biblioteca particular, sino en la de la Academia Española, en la Nacional de Madrid y en otros depósitos públicos. La guerra trajo un período de incomunicación literaria que no ha cesado hasta nuestros días, y de aquí que por lo tocante á libros americanos, los más conocidos en España sean ó los muy antiguos ó los muy modernos.

Una sola advertencia para terminar estos enfadosos preliminares. Como nueva prenda del espíritu de fraternidad hispano-americana con que esta obra ha sido concebida, figuran en ella no sólo los poetas americanos que han escrito en América, sino también los que han pasado en España la mayor parte de su vida, y á quienes generalmente se incluye en la literatura peninsular, puesto que los más de ellos hasta políticamente fueron españoles, así Ventura de la Vega, Baralt, Ger-

trudis Gómez de Avellaneda, Heriberto García de Quedo y el general Ros de Olano.

Y sin más prevenciones, entremos desde luego en materia, comenzando por el que se llamó Virreinato de Nueva España, y es hoy (aunque con territorio notablemente mermado) la República federal de los Estados Mexicanos, principal representante en el Norte de América del genio de nuestra raza.

II.

MÉXICO.

Tuvo el Virreinato de Nueva España (como la parte predilecta y más cuidada de nuestro imperio colonial, y aquella donde la cultura española echó más hondas raíces) las más antiguas instituciones de enseñanza del Nuevo Mundo, y también la primera imprenta. Á los nombres venerables del primer arzobispo Fr. Juan de Zumárraga y del primer virrey D. Antonio de Mendoza, va unida la introducción de estos dos capitales elementos de cultura: la Universidad y la Tipografía. Ya existían el colegio de Tlatelolco para indios, y los de San Juan de Letrán y la Concepción para mestizos, cuando el cabildo de la ciudad solicitó, y concedió el Virrey, licencia para que se fundase «una Universidad de todas ciencias, donde los naturales y los hijos de los españoles fuesen industriados en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades». Contribuyó Mendoza con rentas propias para los primeros gastos de

la fundación, y aun llegó á designar maestros; pero la gloria de llevar al cabo el establecimiento de las escuelas corresponde á su sucesor, D. Luis de Velasco, que fué el encargado de poner en ejecución la Real cédula del emperador Carlos V, fecha en Toro á 22 de Septiembre de 1551, por virtud de la cual la Universidad de México, dotada con mil pesos de oro de minas al año, comenzó á gozar los mismos privilegios y franquicias que la de Salamanca. Otra cédula de Felipe II, fecha en Madrid á 17 de Octubre de 1562, confirmó, y aun amplió estos privilegios, después que la Sede Apostólica, en 1555, había dado á la Universidad el título de *Pontificia*, concediendo el patronato de ella á los Reyes de España.

No cayó la semilla en terreno estéril, ni pasó mucho tiempo sin que la naciente Universidad, cuyos estudios se inauguraron en 3 de Junio de 1553, con inmenso concurso de gentes y asistencia del Virrey y de la Audiencia á las primeras cátedras, comenzase á dar muestras de actividad científica, dignas de los hombres nada vulgares que hicieron sonar en ellas su voz desde el primer día. El agustino Fr. Alonso de Veracruz, á quien tanto honra su adhesión á las doctrinas y á la persona de fray Luis de León, llevó al Nuevo Mundo la filosofía peripatética, imprimiendo en 1554 el primer tratado de Dialéctica, y en 1557 el primer tratado de Física, obras que le dan buen lugar entre los neoescolásticos del siglo XVI, modificados en método y estilo por la influencia del Renacimiento. El Dr. Bartolomé Frías de Albornoz, hábil y enérgico adversario de Fr. Bartolomé de las Casas, y uno de los más antiguos impugnadores de la trata de negros, «hombre doctísimo y en todas lenguas perfecti-